

Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio; Bravo Lozano, Cristina y Quirós Rosado, Roberto, eds., *Bifronte imperio de dos mundos. La Monarquía de Carlos II en Europa y América*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2024, 852 págs. ISBN: 978-84-9192-371-8

Luis Ribot

Real Academia de la Historia

email: lribot@geo.uned.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6026-0961><https://dx.doi.org/10.5209/chmo.109601>

A finales de los años sesenta y comienzos de los setenta del siglo pasado, cuando estudié la licenciatura en Historia, nos enseñaban –y así figura en los libros de la época– una historia de España que apenas comprendía un espacio geográfico más allá del de la España actual. Cualquier referencia a territorios exteriores entraba esencialmente en la categoría de política internacional, aunque se tratara, verbigracia, del reino de Nápoles o de los Países Bajos durante los reinados de la Casa de Austria. Es cierto que subsistía, aunque ya algo debilitada por la decadencia del régimen, la exaltación franquista de la España imperial, pero no deja de resultar sorprendente que no se hubiera reflejado en una ampliación conceptual del complejo ente político gobernado por Carlos V y sus sucesores. Todo se limitaba a una exaltación de las glorias patrias: la unidad lograda por los Reyes Católicos, el descubrimiento y conquista de América, los triunfos en Nápoles del Gran Capitán, las victorias de Carlos V y las posteriores de los tercios en Flandes, Lepanto, la incorporación de las Filipinas... Y no era este un defecto achacable exclusivamente a los años de la dictadura, sino que estaba arraigado desde muchas décadas atrás, tal vez por el enorme influjo en la historiografía española del nacionalismo decimonónico, que limitaba la perspectiva del pasado a la realidad política contemporánea, y probablemente también como una huella perversa del desgarró producido por la pérdida, en distintos periodos, de todos los territorios ajenos a la España de nuestro tiempo.

Afortunadamente, desde los años setenta, la llegada de la extraordinaria renovación producida fuera de nuestras fronteras en la concepción, objetivos y métodos de la investigación historiográfica fue cambiando las cosas, y si inicialmente se centró en la historia económica y social, de base esencialmente local o regional, más adelante fue afectando a otros muchos aspectos del pasado, incluyendo la historia política y de las instituciones, de las ideas, las concepciones mentales, la cultura, la religión..., entendidas todas ellas no como realidades aisladas, sino como aspectos que intervienen y se entremezclan en la conformación de la realidad histórica. Al propio tiempo, y desde las décadas finales del siglo XX, se ha producido un extraordinario crecimiento de la nómina de historiadores, hombres y mujeres; una eclosión que, junto a la consolidación de la democracia, la progresiva integración europea, y las grandes facilidades de becas e intercambios, ha tenido una doble consecuencia: la ruptura de las fronteras de una historiografía que se limitaba al estudio de los temas “propios”, y el abandono de la vieja perspectiva nacionalista, que planteaba, o más bien exaltaba, la historia de cada país en competencia con los otros. En todo este proceso ha sido esencial la aportación de historiadores extranjeros –esencialmente

anglosajones, franceses e italianos–, muchos de los cuales supusieron, inicialmente, un formidable magisterio y estímulo para la renovación de la historiografía española.

Las décadas pasadas han visto así un notable incremento de los estudios e investigaciones y una “emigración temática”, con una nómina cada vez mayor de estudiosos interesados por espacios y territorios ajenos a los nuestros. Y aunque, afortunadamente, contamos también con notables especialistas en la historia de ámbitos que nunca estuvieron bajo el dominio de los monarcas españoles, la mayoría de los investigadores que estudian espacios exteriores a nuestras fronteras –así como buen número de historiadores extranjeros– se ocupa de territorios que forman parte, en su día, de la dilatada entidad política cuyo soberano era el rey de España.

Uno de los primeros efectos de tales estudios ha sido la recuperación del concepto de la Monarquía de España, una realidad compleja, formada por reinos, principados, ducados, condados y todo otro tipo de señoríos, y extendida por los cuatro continentes entonces conocidos: Europa, América, África y Asia. El problema es, no obstante, la necesidad de dotarlo de contenido y tener presente un mundo tan variado en las investigaciones sobre la Edad Moderna hispana, algo que exige la ruptura de fronteras mentales y de especialización, y entre ellas, la superación de la vieja división entre la historia de España –y de los territorios europeos de la Monarquía– y la de América, fruto de la creación específica de las cátedras de Historia de América, que, si de una parte contribuyó a incentivar la investigación sobre los territorios que habían formado parte de las Indias españolas, de otra separó excesivamente los estudios sobre el Viejo y el Nuevo Mundo.

En dicha ruptura de fronteras está teniendo un papel muy importante la escuela historiográfica dirigida en la Universidad Autónoma de Madrid por Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño, en su interés por integrar las diversas partes de esa compleja Monarquía, y especialmente las dos más importantes: las situadas en Europa y en América, los dos pilares o columnas de Hércules en las que se basaba el bifronte imperio gobernado por los monarcas de la Casa de Austria y los Borbones españoles del siglo XVIII. Fruto del interés por el conocimiento en profundidad de dicho imperio es el libro que nos ocupa, que sigue en realidad anteriores estudios inspirados y coordinados por Álvarez-Ossorio y sus colaboradores, y de forma especial el titulado *Las noblezas de la Monarquía de España (1556-1725)*, publicado por Marcial Pons Historia en 2024, en el que diversos especialistas estudiaban la elite social en los diversos territorios, junto a una serie de capítulos dedicados al carácter transnacional, a los honores y a la mezcla entre los miembros de dicho grupo situado en la cúspide de las diversas sociedades. En esta ocasión, el análisis territorial lo abarca todo, en una especie de *scanner* de la Monarquía en cada una de sus numerosas partes. El objetivo es comprender al máximo la estructura y el funcionamiento de aquel enorme gigante, centrándose esencialmente en los aspectos políticos, que son un inevitable punto de partida, pero que apenas suponen una restricción, dada la amplia cantidad de perspectivas y cuestiones determinadas o influidas por la política. Y la dificultad no es tanto el encontrar especialistas en cada uno de los muchos territorios en que se divide el estudio, cuanto coordinarlos y conseguir cierta uniformidad en los planteamientos, sin desajustes ni estridencias. Que todos toquen la misma pieza, fruto de un complejo trabajo que exige habilidades similares a las de un director de orquesta, en este caso tres, ya suficientemente experimentados en estas tareas.

Su primera labor ha sido fijar una serie de variables comunes para el análisis de los diferentes territorios. En primer lugar, una perspectiva de la planta de gobierno y de los mecanismos de negociación y coerción con la corte regia. Después, el estudio de los procesos clave en cada uno de los reinos o ámbitos políticos, incluyendo cuestiones como la venalidad de cargos, las visitas enviadas desde la corte, las reformas administrativas, el impacto de la guerra, o el fomento del comercio y la fiscalidad. Todo ello teniendo presentes las dos interpretaciones contrapuestas –y debatidas– sobre la existencia en determinados territorios de un “neoforalismo”, o la imposición en otros de “nuevas plantas” de gobierno. También, señalar los rasgos básicos de la sociedad política de cada uno de los reinos y estados, incluyendo el desarrollo de discursos identitarios regnícolas. Asimismo, atender a los cuatro sectores vinculados al poder político: la espada, la toga, la pluma y la Iglesia, y tener presente la proyección exterior de la Monarquía; no solo la diplomacia, sino la extensión del poder del rey de España más allá de sus propios dominios, con la influencia sobre algunos ajenos, especialmente en Italia, y el análisis de hasta qué punto dicho

influjo pervivía en tiempos de Carlos II. Tales propuestas no tenían únicamente la pretensión de buscar la máxima uniformidad en los estudios de la treintena de autores participantes –españoles y extranjeros– sino también la de hallar los elementos que permitieran identificar un sujeto político con unas características específicas, distintas de las de otros, como pudieran ser Francia, Inglaterra, las Provincias Unidas o el Imperio; en todo caso, entidades políticas muy distintas de la Monarquía de España, cuya peculiaridad esencial no consistía solo en ser un auténtico imperio, sino sobre todo en el carácter bifronte en que este se basaba. Ya previamente, los coordinadores señalaron a los autores la existencia de elementos unificadores, como la guerra o la religión –la Monarquía de las devociones–, la expansión del castellano, la existencia de rasgos de una cultura política común, las vinculaciones existentes a través de las universidades, o las creadas por el *cursus honorum* de los numerosos nobles, militares, togados o eclesiásticos cuyas trayectorias pasaban por distintos territorios sometidos al monarca. Y por supuesto, la propia dinámica de gobierno impulsada desde la corte central.

El resultado es una amplia y rica panoplia, en la que no falta ningún espacio integrado en la Monarquía, y en la que se percibe no solo la huella de una política común –por ejemplo, el avance hacia un gobierno más ejecutivo– aunque modulada siempre por la necesaria prudencia, atenta a las circunstancias de cada lugar. Y también, por supuesto, elementos religiosos y culturales compartidos. No parece difícil pensar que la permanencia durante un largo periodo de tantos y tan diversos dominios bajo un mismo príncipe pudo haber facilitado el desarrollo de rasgos culturales, señas de identidad y sentimientos de pertenencia, más allá de las naturales –y en ocasiones, grandes– diferencias entre unos y otros. Comprobar hasta qué punto ocurrió es uno de los retos historiográficos que Bifronte Imperio nos propone.

